

¡Y no soy la misma Geógrafa de ayer!: sobre el viaje como aprendizaje y la imaginación geográfica

E eu não sou o mesmo Geógrafo de ontem: em viagem como a aprendizagem e a imaginação geográfica

And I am not the same Geographer as yesterday: on travel as learning and geographical imagination

Andrea Natalia Barragán León

Universidad de Nariño, Departamento de Geografía, Pasto, Colombia

nataliabarragan@udenar.edu.co / anbarraganl@unal.edu.co

RESUMEN

Esta es una invitación a pensar el viaje como un aprendizaje y a desarrollar a través de su travesía la imaginación geográfica, que surge justo de la posibilidad de ampliar nuestra visión del paisaje recorrido. Mi propuesta se materializa en esta narrativa geo-histórica personal y quizás anecdótica de un momento particular que reúne dos acontecimientos, por un lado, mi traslado de residencia, que se desarrolla en un viaje de tres días por tierra en auto desde Bogotá hasta Pasto, en el sur-occidente colombiano y la llegada de la pandemia COVID-19. Dos retos que plantearon una ruptura en mi vida tanto profesional como personal y que permitieron en su momento escribir esta pequeña historia, la cual se irá ampliando en aquel camino que conduzca a la creación de nuevas y creativas geografías.

ABSTRACT

This is an invitation to think of the journey as an apprenticeship and to develop through its trajectory the geographical imagination, which arises precisely from the possibility of broadening our vision of the landscape traveled. My proposal is materialized in this personal and perhaps anecdotal geo-historical narrative, which starts from a particular moment that brings together two events, on the one hand, my transfer of residence that takes place in a three-day journey by car from Bogota to Pasto in the southwest of Colombia and the arrival of the COVID 19 pandemic in that same year 2020. Two challenges that posed a break in my life both professionally and personally and that allowed me to write this little story, which will be expanded in that path that leads to the creation of new and creative geographies.

RESUMO

Este é um convite para pensar a viagem como um aprendizado e desenvolver a imaginação geográfica por meio de seu percurso, que surge justamente da possibilidade de ampliar nossa visão sobre a paisagem percorrida. Minha proposta se materializa nesta narrativa geo-histórica pessoal e talvez anecdótica de um momento particular que reúne dois eventos, por um lado, minha transferência de residência, que ocorre em uma viagem de carro de três dias de Bogotá a Pasto, no sudoeste da Colômbia e a chegada da pandemia de COVID-19. Dois desafios que provocaram uma ruptura na minha vida profissional e pessoal e que me permitiram escrever na altura este conto, que continuará a expandir-se nesse caminho que conduz à criação de novas e criativas geografias.

Recibido: 31/08/2022 - Aceptado: 05/10/2022 - Publicado: 02/12/2022

Citar como:

Barragán, A. (2022). ¡Y no soy la misma Geógrafa de ayer!: sobre el viaje como aprendizaje y la imaginación geográfica. *Espiral, revista de geografías y ciencias sociales*, 4(7), 117-124. <https://doi.org/10.15381/espisal.v4i7.25430>

© Los autores. Este artículo es publicado por Espiral, revista de geografías y ciencias sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0) [<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>] que permite el uso, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre que la obra original sea debidamente citada de su fuente original.

PALABRAS CLAVES: Viajes; imaginación geográfica; historia y COVID 19.

KEYWORDS: Travel; geographical imagination; history and COVID 19.

PALAVRAS-CHAVE: jornada; imaginação geográfica; história e COVID 19.

A manera de introducción

Reflexionar sobre lo que significa problematizar la realidad que nos rodea, es un ejercicio importante (por demás necesario), aún más cuando soy una persona interesada en reflexionar dialécticamente el espacio-tiempo y la sociedad. Lo anterior me conduce a preguntarme: ¿qué me llevó a ser geógrafa? Lo primero que se viene a mi cabeza son los viajes, y para responder a esto, debo remontarme a varias décadas atrás. Repaso entonces, lo que para mí desde niña han significado *los viajes*, esos desplazamientos que me permitieron en principio una visión ampliada de los diversos paisajes recorridos, con sus cambios de altitud que devienen en cambios de temperatura, solo posibles en la zona ecuatorial, vivir el frío y el calor con tan sólo recorrer unas cuantas horas de camino, permite acceder a múltiples posibilidades paisajísticas. Esto me lleva a un recuerdo que me sitúa en el calor abrazador y la molestia de las picaduras de mosquitos en las riberas del río grande de La Magdalena, columna vertebral de Colombia, un recuerdo que, además, creó en mí la sensación de libertad que da el horizonte cuando el caudal del río se pierde en la distancia.

De viajes y cautiverios

Desde el viaje como aprendizaje se sitúa esta narrativa que, además, busca construir una definición de la imaginación geográfica a partir de la propuesta que en su tiempo hizo el sociólogo C. Wright Mills (1953: 25) cuando mencionaba que: “la imaginación sociológica permite a su poseedor el escenario histórico más amplio, su primer fruto y la primera lección de la ciencia social que la encarna, es la idea de que el individuo sólo puede comprender su propia existencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época. Hemos llegado a saber que todo individuo vive, de una generación a otra, en una sociedad que vive una *geografía*¹, y que la vive dentro de una sucesión histórica.” Es así que Mills nos devela la dialéctica de la existencia y la consciencia humana a través de ese impulso geohistórico: “Por el hecho de vivir contribuye, aunque sea en pequeñísima medida, a dar forma a esa sociedad y al curso de la historia, aun cuando él está formado por la sociedad y su impulso histórico. La imaginación sociológica nos permite captar la historia y la *geografía*, y la relación entre ambas dentro de la sociedad.” Sí la imaginación sociológica es definida por Mills (1959) “como la forma más fértil de esa conciencia en sí mismo, que pone al ser humano contemporáneo como de un extraño por lo menos, si no como de un extranjero permanente, descansa sobre la comprensión absorta de la realidad social y el poder transformador de la historia.” Podríamos entender entonces *la imaginación geográfica*, como la capacidad para movernos en la realidad socio-histórica a través de diversas escalas geográficas, que explicarían el acontecer del mundo como evidencia de la producción social del espacio, donde la *Geografía* toma lugar al lado de la historia, explicación dialéctica que Élisée Reclus definió así: “La geografía es la Historia del espacio, y la Historia es la Geografía del tiempo.”

El viaje hace confluir historia y geografía, sin la dificultad de la abstracción académica, el viaje se vive completo y simultáneo porque es la realidad de la vivencia, es observación y experiencia del horizonte y del paisaje. Esta reflexión me adentra en la narrativa situándome en una coyuntura que, lejos de convertirse sólo en un viaje, se convirtió tanto en viaje como en cautiverio. Ya han pasado casi tres años de

¹ El autor en la cita original lo define como biografía.

haber vivido el cambio en la cotidianidad que trajo la pandemia del COVID-19, ese cambio de escala que devino en un retorno al lugar, sobre todo para aquellas personas que nos encontrábamos en un contexto urbano de ciudad. Personalmente, mi escala espacial se redujo al encierro en un espacio medido en metros cuadrados, en una ciudad a la que apenas llegaba y que sólo logré recorrerla un mes y medio, antes de lo que llamamos “el gran encierro”, una ciudad situada a 850 km de distancia del centro andino colombiano, desde donde me mudé, trayendo mis sueños y las pocas cosas que pueden caber en un auto.

Una ciudad lejana de mí terruño, pero igualmente fría y paramuna, sobre las montañas del nudo de los Pastos o Macizo de Huaca como se conoce en el Ecuador, aquí donde se divide la cordillera de los Andes, dando paso a tres ramales de pura diversidad topográfica, biológica y cultural. Aquí, en este lugar del sur-occidente colombiano aún desconocido para mí, donde subyace la fuerza del Volcán Galeras (el que los indígenas Quillasingas llaman *Urcunina* o *Urkunina*, que significa *montaña de fuego*), en este nuevo lugar que llegué a habitar, se me plantearían aún más retos que los de vivir el encierro pandémico y la soledad. La pandemia como coyuntura no era lo más impactante que me estaba sucediendo por esos momentos, sino la decisión de salir de la ciudad capital y apostarle a vivir en las regiones o la mal llamada *periferia regional* de mi país. Este hecho se convertiría en la decisión que más impactaría mi vida, pues traería una serie de aprendizajes que en este punto de mi existencia no los alcanzaba a dimensionar.

Déjenme contarles, desde el aprendizaje que sugiere *el viaje*, como fue mi primera llegada al sur occidente colombiano, para ello debo hacer un flashback de mi vida que nos llevará a comienzos de los años noventa:

Entre Bogotá, la ciudad donde nací, y Quito, la capital de Ecuador a donde me llevaron por carretera mis padres, cuando tan solo tenía 11 años, hay un recorrido de 1.103 kilómetros según el cálculo de Google Maps, (claro que esta medición está hecha en la actualidad, para la época no existían estas herramientas). Transcurría el año de 1991 y fue la primera vez que tuve conciencia geográfica. Conforme avanzábamos por las cordilleras, un nuevo mundo de personas y paisajes se abrían ante nuestros ojos; y entre todas las experiencias vividas, varios recuerdos se quedarían para siempre conmigo, uno de ellos, el cruce de la frontera. De repente me di cuenta de cuán arbitraria era la línea punteada que veía en los mapas del colegio. ¿Cómo se habían establecido las divisiones geográficas entre países, cuando lo que yo estaba viviendo era que el territorio se extendía sin límites?, con una diversidad gastronómica y cultural que se evidenciaba como continuidad, encarnada en cada rostro, en cada plato, con voces y relatos. Allí, con mi temprana edad, ya me hacía consciente de un marcado continuum geográfico sin fronteras: los límites no existían más allá de los cambios del paisaje que podía percibir.

Cada vez que traigo las memorias de este viaje, me convenzo del gran impacto que tuvo en mi vida y sobre lo inspirador que fue, y creo que, sin lugar a dudas, este aprendizaje me llevaría posteriormente a los caminos de la Geografía, además de influenciar, sin duda, mi temprano gusto por la etnografía y los mapeos colectivos o cartografías sociales. Este es el recuerdo de la primera vez que viajé al sur occidente de mi país y que visité la ciudad de San Juan de Pasto. Ahora en medio de una decisión de vida, me encuentro regresando a la *montaña de fuego*, esta vez no de paso, sino para quedarme un largo tiempo, con la clara apuesta de enseñar esta hermosa ciencia: la Geografía. Es así que les relataré la historia del viaje que me trae de nuevo a este territorio, situada en esta época:

Partimos de Bogotá el 11 de enero de 2020, un día después de mi cumpleaños, hacia la ciudad de Pasto por carretera, repitiendo junto a mi hermano el mismo viaje que hicimos con mis padres en 1991 siendo unos niños, aunque esta vez no llegábamos a Quito, aunque sí repetíamos la misma ruta hasta llegar a Pasto.

Apenas comenzaba el viaje y avanzábamos hacia el sur de la ciudad de Bogotá, cuando comienzo a ver un lindo atardecer, de esos que pintan el cielo de ocre a comienzo de año, marcando la despedida de mi caótica pero amada ciudad. Algo de melancolía me embarga. Durante el largo trayecto, pasan las horas mientras nos acercamos al valle del Magdalena: por fin nos encontramos al borde del ascenso a la cordillera central, inicia la miedosa ruta de La Línea, que atraviesa la cordillera.

Al iniciar el descenso, siendo la 1:00 am, se pincha una llanta justo saliendo del último túnel: ya habíamos coronado² La Línea ¡qué alivio!

Logramos resolver el impase en Calarcá, Quindío, tierra de mi abuelo materno. Hacemos memoria, y reiniciamos el viaje. Al avanzar, perdemos la ruta de la autopista Panamericana y, sin forma de orientarnos, nos perdemos; la ruta nos lleva a un corregimiento que paradójicamente lleva nuestro apellido, Barragán en el Valle del Cauca. La coincidencia nos da confianza y decidimos seguir y por fin encontramos de nuevo la autopista, un respiro de tranquilidad nos embarga. Decidimos descansar en Buga, una ciudad muy religiosa a una hora de Cali, la capital del departamento, con la intención de salir al otro día para Popayán, capital del Cauca (esta sería otra parada más de descanso y dos días ya contados de viaje). De Popayán a Pasto son algo más de cinco horas, hay que atravesar el valle seco del río Patía - un cambio de paisaje impresionante- , emprendemos ese otro tramo de viaje y cuando la ansiedad por llegar y el cansancio nos vence, por fin salimos al último trayecto sobre la vía que conduce de Chachagüi a Pasto, ruta a través de la cual bordeamos el Cañón del Río Pasto. A lo lejos, veo de frente al imponente Volcán Urkunina: algo en mi cuerpo se revela, siento una sensación en mi vientre que me da la llegada al territorio Hatunllacta, bienvenida al Valle de Atriz (Figura 1), la denominación española del Hatunllacta (en quechua “tierra de mayores” o “tierra grande”), también fue llamado por el cronista Guamán Poma de Ayala como Valle de Atres, donde se extiende la ciudad de San Juan de Pasto.

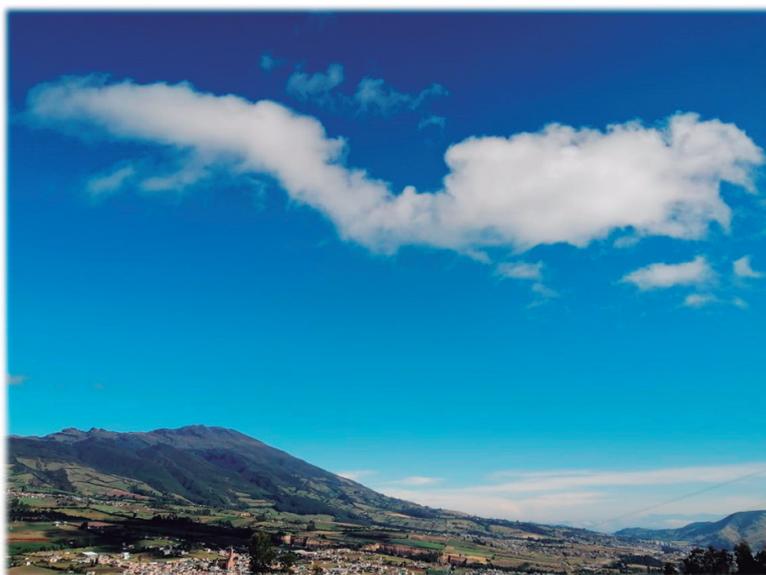


Figura 1. Volcán Galeras en el Valle de Atriz.³

² Coronar es un decir que hace referencia a haberlo logrado.

³ Fotografía tomada en septiembre de 2022 por la autora.

Regresar al sur es como un *déjà vu*, es volver a mirar pero en otro tiempo, lo que despierta la nostalgia del pasado, las memorias vividas, pero ahora con nuevas expectativas y aprendizajes. Conforme voy construyendo esta narrativa, me voy dando cuenta que este territorio ya me había elegido hace mucho tiempo atrás, y quiero dedicarle a este, mi sur (que ahora es mi norte), el coro de una nostálgica pero hermosa canción de Astor Piazzolla:

*Vuelvo al Sur, como se vuelve siempre al amor,
vuelvo a vos, con mi deseo, con mi temor.*

*Quiero al Sur, su buena gente, su dignidad,
siento el Sur, como tu cuerpo en la intimidad.
Vuelvo al Sur, llevo el Sur, te quiero Sur,*

Regresar a este mi sur constituiría un reto mayor que no lograba imaginar. Llego a Pasto un 13 de enero del 2020, esta vez para quedarme, con la apuesta de largo aliento de vivir y empezar mi trabajo como profesora de Geografía en la única universidad pública de la región, al lado de la montaña de fuego que abraza a la ciudad de Pasto – el gran Volcán Galeras (Urkunina).

Llegué con bastante tiempo antes de que comenzaran las clases, para hacer reconocimiento de mi contexto actual como buena geógrafa, y así iniciaré de nuevo otros *viajes* que estarán vinculados a dos geógrafas hermanas que ya habitaban estos sures y que me dan la bienvenida. Me encamino *al alto* como le dicen al altiplano de Sibundoy, que hace parte del alto Putumayo, y que queda a sólo hora y media de Pasto, territorio donde habitan las comunidades indígenas Inga y Kamëntsa, un territorio lleno de colores y tejidos, de larga tradición con medicina ancestral. De mi retorno de los bordes pan amazónicos, me encamino en un viaje hacia la costa pacífica nariñense, Tumaco: *la perla del pacífico*, que se encuentra a sólo seis horas de camino desde Pasto, encontrándome con la inmensidad del océano. Sus playas pintadas del gris que le aportan numerosos afluentes y la alegría de la cultura afrocolombiana. Estos dos viajes por los alrededores de mi nuevo territorio me abren la inmensidad de paisajes y culturas a las que tengo acceso desde aquí, un laboratorio geográfico enormemente rico y diverso. Pensarme en un espacio que recorre la transición a la selva amazónica, y pasa por cambios de altura hasta la costa pacífica, integrando la dinámica fronteriza con la hermana comunidad del Ecuador, es algo increíble.

Las clases comenzaron a finales de febrero y la emoción de la novedad me invadía; conocer este escenario representaba un gran reto para mí, lo cual me llenaba de alegría, pero esto acaba cuando sorpresivamente hacen un llamado al encierro, y la política del miedo al contagio de un virus desconocido nos abrazó, se vendría uno de los momentos más retadores para la humanidad en esta época y nadie lo imaginaba.

Por todo lo anterior, cuando digo que “*no soy la misma geógrafa de ayer*”, es justo porque el mayor reto no ha sido el encierro por la pandemia, ni todo lo que representó en su momento la ausencia de contacto físico, sino por el contrario ser consciente de que debo abrazar el cambio y el universo de conocimiento que estoy recibiendo aquí, el cual ha estado acompañado de colores, sabores, texturas, lenguajes y sonidos, que me trasladaron a través de esa fría virtualidad de las clases a lugares con materialidad propia que era expresada por mis estudiantes cuando describían cada una de sus realidades concretas y situadas en este gran laboratorio geográfico que ahora es mi casa. La posibilidad que me brinda la imaginación geográfica para llevar a cabo mis clases, me permitió viajar con ellos y ellas a cada uno de los territorios no solo dentro del departamento de Nariño, también al Putumayo y Caquetá.

Contare entonces, uno de los momentos más transformadores y desde el cual se ha ido detonando lo que en palabras de C. Wright Mills (1959) sería la imaginación sociológica, pero que bajo mi experiencia y en esta narrativa me he atrevido a llamar *la imaginación geográfica*. Hubo varios momentos de fractura, de esos que te parten el alma, los cuales eran permanentes dada la coyuntura actual de la pandemia, pero lejos de imaginarme cuan duro sería la situación cuando a poco más de dos horas de aquí, en un municipio que no voy a nombrar asesinan a doce jóvenes, inmediatamente vi en sus rostros a cada un@ de mis estudiantes nariñenses. Saber que apenas a dos horas de donde vivo ocurría una masacre que involucraba jóvenes como mis estudiantes me derrumbo, me puso a pensar, ¿dónde estoy?, ¿a dónde me vine a vivir?, ¿así se vive en la regiones aisladas de mi país?, ¿cómo poder vivir con estas realidades violentas?, eso me fracturo el alma, me recordó el dolor de la pérdida de seres queridos que me habitan. ¿Por qué duele así, si en Colombia esta es una realidad permanente en la historia nacional? Algo cambio estando aquí, al parecer los vínculos que he creado aún en este corto tiempo, me hacen sentir diferente, es un tema de empatía con este territorio y sus gentes.

Pues bueno, como diría un escritor que conocí en un taller de literatura y territorio⁴ a propósito de la motivación para escribir, y por qué decidí hacer esta narrativa ¡hay que habitar los problemas para inspirar la escritura! decía, yo diría también que: ¡hay que habitar el dolor y transformarlo en creatividad! ¿Qué significa esto?: significa entrar allí donde no queremos por temor, habitarse donde estamos expuestos y quizás vulnerables, entender las emociones que nos atraviesan y trascenderlas en pura creatividad, eso para mí es habitarse, partir de la suma de experiencias para crear *imaginación geográfica* y fue así que convertí esta fractura de vida en una narrativa del viaje como aprendizaje.

El retorno

Sin embargo la vida me daría la oportunidad del retorno y frente a la imposibilidad de volver a clases presenciales, llegó la posibilidad de iniciar un viaje de vuelta al centro del país, las condiciones actuales me lo permitían ya que la virtualidad aunque fue un encierro, también creó la posibilidad de vivirlo en distintos lugares. Decido emprender un nuevo viaje, ahora de vuelta al centro andino, buscando el cálido abrazo de la familia, de la tierrita, de los amig@s y de los lugares de la memoria. Lo que esperaba sería un viaje de una semana se convirtió en un año en mi querida ciudad de los cerros orientales, abraza la dificultad que representa volver a casa con los tuyos compartiendo la cotidianidad, disfrute cada momento reconociéndome en sus rostros, cuando lograba salir de casa recorría los recovecos en el centro histórico que me vio vivir allí varios años, siempre encontrándome a alguien conocido de tiempo atrás recreando memorias y alegrándome por la posibilidad de seguir vivas en medio de tanta muerte. Observando las casitas pintadas, reconociendo lugares y sintiendo que sigo siendo parte de aquí pero ya también otro territorio me habita, así mi mutiterritorialidad se amplía, sumo un lugar más a mi geografía y como diría la célebre frase de Facundo Cabral, pero más reconocida en la voz de la Chávela Vargas, acepto que “*no soy de aquí ni soy de allá*” pertenezco entonces a varios lugares y territorios. Aunque lejos de Pasto ese año, las geografías del sur occidente me habitaban permanentemente a través de mis estudiantes en las clases virtuales, apuesta que constituyo otro gran reto ahora pedagógico, poder salir adelante con creatividad fue fundamental para no desfallecer ante la fría pantalla.

Y sí, “*no soy la misma geógrafa de ayer*”, y es que haberle apostado a las “regiones”, me recuerda esa frase que he vuelto a escuchar de: “hay que salir de Bogotá para conocer este país”, pues bien, así lo he venido haciendo durante años con pequeñas temporadas

⁴ Temporada de letras y Feria del libro de Pasto 2021. Museo del Carnaval. Ciudad de Pasto.

de trabajo con poco arraigo en las regiones, pero ahora cuando decido vivir en este lugar del sur occidente colombiano habitado por la deuda histórica de un país que no mira al sur, trayendo no sólo mis cosas materiales sino mis sueños y aprendizajes, es que doy cuenta de lo importante que es salir de la comodidad de la ciudad capital, que de cierta forma nos blinda de las realidades de un país de países como lo es Colombia. Eso significa por un lado reconocer que hay más de una Colombia, hay varias *Colombias profundas* como lo definiría en su momento Guillermo Bonfil Batalla (1987) refiriéndose al *México profundo de los de abajo*, aquellos territorios que distan mucho de ser la Colombia urbana del triángulo de oro. Sentir, ver, pensar y actuar desde aquí transforma el pensamiento y la mirada, porque me permite habitar a través de mis estudiantes recónditos territorios, allá en la vereda y su ruralidad, en la costa del pacífico sur, en la frontera, en el alto que lleva a la selva, en las periferias urbanas, en ese continuum territorial que supera las artificiales fronteras de las divisiones por demás arbitrarias del mapa político administrativo. Habitar esas diversidades a través de mis estudiantes que las viven aquí en el sur occidente, es una multi-escala nutrida de geografías.

Esas geografías son viajes que se narran a partir de las descripciones que hacen mis estudiantes describiendo lo que ven por la ventana, ejercicio descriptivo que nos acompañó en la virtualidad y que hace parte de uno de mis esfuerzos por acercarnos a pesar de estar detrás de una pantalla. Allí donde se describe esa vista o paisaje, se van construyendo geografías de la proximidad – geografías del cuidado, continuos territoriales a través de la narración, una suerte de evocación que permite que cada oyente, recree su propia significación de las geografías y viajes de sus compañer@s, nada más cercano a la imaginación que produce leer. Así descubro lo apasionante de las geografías narradas desde aquí, fuera del andino-centrismo que narra desde su comodidad y quizás desde su desconocimiento, así voy descubriendo lo original y esperanzador de esas narrativas geográficas que atraviesan nuestros cuerpos territorios.

A manera de cierre

Esta mujer apasionada por los viajes y las narrativas que permiten desplazarnos a través de la imaginación geográfica, encuentra que habitando la dificultad que puede significar el emprender nuevos viajes como metáfora del *volver a empezar*, es una experiencia que sólo puede ser explicada a través de las sensaciones que ha traído para mí la soledad de la llegada, el encierro de la pandemia COVID 19, la distancia que es mucho más que un número en kilómetros que aíslan a este territorio del resto del país, la imposibilidad de moverse con facilidad a otros espacios por la ausencia de conexiones viales en buen estado y seguras, desde aquí todo parece lejano, distante y ausente.

Distante la respuesta a las necesidades regionales de las comunidades diversas que habitan este lado de Colombia, ausente la presencia del Estado frente al conflicto permanente por la guerra de las drogas, lejanos los derechos de los líderes y lideresas que defienden los territorios y los ecosistemas estratégicos de los cuales estamos rodeados. A pesar de todo ello se vive el reto de habitar las mal llamadas periferias regionales porque desde aquí se recrean y construyen geografías que surgen de la resistencia de sus gentes, permitiéndome como geógrafa y profesora repensar lo que hasta el momento había creído importante enseñar y llevándome a un estado permanente de aprendizaje situado aquí en el sur occidente colombiano. Y si, *no soy la misma geógrafa de ayer*, afortunadamente, y todo gracias a moverme del centro - andino, de permitirme abrazar el cambio, de poco a poco habitar nuevos lugares y trochar camino haciendo Geografía.

Bibliografía

Batalla, B. (1987). *México profundo. Una civilización negada*. Octava reimpresión (2013). Editorial de Bolsillo. México.

Mills, C. (1959). *La imaginación sociológica*. Segunda reimpresión (1974). Fondo de cultura económica. México.

Canciones:

Astor Piazzolla – Vuelvo al Sur: <https://www.youtube.com/watch?v=z5SLbNid2E4>

Facundo Cabral – No soy de aquí, ni soy de allá: <https://www.youtube.com/watch?v=BpbM5uBXpSg>

Ninovan Tributo A Chávela Vargas: No soy de aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=zpNYXSWwFHo>